

TERCERA PARTE

Influencia de la democracia sobre las costumbres propiamente dichas.

CAPÍTULO PRIMERO

De qué manera se suavizan las costumbres á medida que se igualan las condiciones.

Vemos desde hace mucho tiempo, que las condiciones se igualan, y descubrimos á la vez que las costumbres se templan; pero ¿estas dos cosas son solamente contemporáneas, ó existe entre ellas algún lazo secreto que no permita á la una adelantar sin la otra?

Hay muchas causas que pueden concurrir á hacer menos toscas las costumbres de un pueblo; pero entre todas, la que me parece más poderosa es la igualdad de las condiciones. Ésta, y la suavidad de las costumbres, no sólo son en mi concepto hechos contemporáneos, sino también correlativos.

Cuando los fabulistas quieren interesarnos en las acciones de los brutos, les suponen ideas y pasiones humanas, y del mismo modo obran los poetas cuando hablan de genios y de ángeles, porque no hay desdichas tan grandes ni felicidad tan completa que puedan detener nuestro espíritu y ocupar nuestro corazón, si no se nos representa á nosotros mismos bajo caracteres distintos.

Esto se puede muy bien aplicar al objeto que ahora nos ocupa.

Cuando todos los hombres están colocados de una manera irrevocable, según su profesión, sus bienes y su nacimiento, en el seno de una sociedad aristocrática, los miembros de cada clase se consideran todos como hijos de la misma familia y experimentan los unos por los otros una continua y activa simpatía que jamás podrá encontrarse en el mismo grado entre los ciudadanos de una democracia. Pero no sucede lo mismo con las diversas clases entre sí.

En un pueblo aristocrático cada casta tiene sus opiniones, sus sentimientos, sus derechos, sus costumbres y hasta su existencia aparte. Así, los hombres que la componen no se parecen á los otros, ni tienen el mismo modo de pensar y de sentir y apenas creen que forman parte de la misma humanidad; no pueden comprender bien lo que los otros experimentan ni juzgarlos por ellos mismos. No obstante, algunas veces se les ve prestarse con ardor un socorro mutuo; mas esto no se opone á lo que precede, pues esas mismas sustituciones aristocráticas que habían hecho tan distintos los seres de una misma especie, los habían unido por un lazo político muy estrecho.

Aunque el esclavo no se interesase naturalmente en la suerte de los nobles, no por esto se creía menos obligado á sacrificarse por el que entre ellos era su jefe, y aunque el noble se creyese de naturaleza diferente de la de los siervos, juzgaba, sin embargo, que su honor y su deber le obligaban á defender, con peligro de su propia vida, á los que estaban bajo su dominio.

Es evidente que estas mutuas obligaciones no nacían del derecho natural, sino del político y que la sociedad obtenía más de lo que la humanidad sola hubiera podido hacer, pues el apoyo no se prestaba por la calidad del hombre, sino por la de vasallo ó señor. Las instituciones feudales hacían muy sensibles los males de ciertos hombres, pero no las miserias de la especie humana. Daban generosidad más bien que dulzura á las costumbres, y aunque sugiriesen grandes sacrificios, no hacían nacer verdaderas simpatías; pues no hay simpatías reales sino entre gentes semejantes, y en los siglos aristocráticos no se consideran como tales sino los miembros de la misma clase ó familia.

Cuando los cronistas de la Edad Media, que pertenecían todos por su nacimiento ó por sus hábitos á la aristocracia, refieren el fin trágico de un noble, lo hacen con mucho dolor; más nos cuentan la matanza y los tormentos de las gentes del pueblo, sin emoción y sin ningún episodio. No es porque estos escritores tuviesen un odio habitual ni un desprecio sistemático por el pueblo. La guerra no estaba entonces declarada entre las diversas clases del Estado: obedecían á un instinto más bien que á una pasión, y como no se formaban una idea clara de los sufrimientos del pobre, se interesaban débilmente en su suerte.

Así sucedía también con los hombres del pueblo, desde que el lazo feudal llegaba á romperse. Los mismos siglos que han presenciado tantos sacrificios heroicos de los vasallos por sus señores, han sido testigos de crueldades inauditas que de tiempo en tiempo han ejercido las clases bajas contra las altas.

Esta mutua insensibilidad no dependía solamente de la falta de orden y de cultura, pues se encuentran aún sus huellas en los siglos siguientes, que después de haberse hecho moderados y cultos, permanecieron todavía aristocráticos.

En el año de 1675, las clases bajas de la Bretaña se sublevaron con motivo de un nuevo impuesto. Estos movimientos tumultuosos fueron reprimidos con una atrocidad sin ejemplo. He aquí como Madame de Sévigné, testigo de estos horrores, los refiere á su hija:

«Por Dios, hija mía, que tu carta de Aix es graciosa; ojalá las leyeses de nuevo antes de enviarlas, pues lo que tienen de agradable te compensaría el trabajo de escribir tantas. ¿Has visitado ya toda la Provenza? No habría por cierto ningún placer, recorriendo la Bretaña, á menos que no se gustase mucho de oler vino. ¿Quieres saber noticias de Rennes? Se ha impuesto una contribución de cien mil escudos, y si no se entrega esta suma en veinticuatro horas se doblará y se exigirá por la tropa. Todos los habitantes de una gran calle han sido echados y desterrados, y se ha prohibido, bajo pena de la vida, el recogerlos; de suerte que se ven estos miserables, entre los cuales hay recién paridas, viejos, niños, andar errantes llorando al salir de esta ciudad, sin saber á donde ir, sin tener con qué alimentarse ni en dónde acostarse. Anteayer enrodaron al que tocaba el violín cuando empezó la

bullas y el robo del papel sellado, lo descuartizaron y expusieron en los cuatro ángulos de la ciudad. Han arrestado sesenta vecinos y desde mañana empezarán á ahorcarlos. Esta provincia es un lindo ejemplo para las otras, y principalmente para enseñar á respetar á los gobernadores y gobernadoras, y á no tirar piedras á su tejado (1).

» Madame de Tarente estuvo ayer en estos bosques con un tiempo delicioso; pero no hay que hablarle de habitación ni refresco, pues entra por una puerta y vuelve á salir por la otra».....

Después añadía: «Me hablas de un modo visible de nuestras desdichas; ya no hay tantos enrodados; sólo uno cada ocho días para ocupar la justicia; la horca me parece ahora un refresco. Desde que estoy en este país he formado una idea muy diferente de la justicia. Vuestros galeotes me parecen una sociedad de hombres de bien que se han retirado del mundo para llevar una vida más tranquila».

No se crea que Madame de Sévigné, que escribió estas líneas, era un ente bárbaro y egoísta; amaba apasionadamente á sus hijos y se mostraba muy sensible á las penas de sus amigos; leyendo sus obras se descubre que trataba con bondad é indulgencia á sus vasallos y servidores; pero Madame de Sévigné no concebía claramente que pudiera sufrir el que no era gentil-hombre.

En nuestros días, el hombre más cruel, escribiendo á la persona más insensible, no se entregaría con calma á la insoportable y dolorosa burla que acabo de reproducir, y aun cuando sus costumbres particulares se lo permitiesen, las generales de la nación se lo prohibirían.

¿De dónde viene esto? ¿Somos nosotros más sensibles que nuestros padres? Yo no lo sé; pero seguramente nuestra sensibilidad se extiende á más objetos.

Cuando las clases son casi iguales en un pueblo, todos los hombres tienen poco más ó menos el mismo modo de pensar y de sentir y cada uno puede juzgar en un momento de las sensaciones de todos los demás; echa una mirada rápida sobre sí mismo

(1) Para conocer el mérito de esta burla, es preciso no olvidar que madame de Grignan era gobernadora de Provenza.

y esto le basta. No hay desdichas que no conciba sin dificultad, y de que un instinto secreto no le descubra la extensión. En vano se tratatá de extranjeros ó de enemigos; su imaginación lo colocará pronto en lugar de ellos, mezclando á su piedad algo de personal que le hará sufrir á él mismo, cuando se despedaza el cuerpo de su semejante.

Raras veces se sacrifican los hombres unos por otros en los siglos democráticos; pero muestran una compasión general por todos los miembros de la especie humana. No se les ve causar males inútiles, y cuando sin perjudicarse mucho á sí mismos pueden aliviar los dolores ajenos, tienen gusto en hacerlo; no son verdaderamente desinteresados, pero sí benignos y amables.

Aunque los americanos hayan elevado, por decirlo así, el egoísmo á teoría social y filosófica, no se muestran por esto menos accesibles á la piedad.

No hay país en que la justicia criminal se administre más benignamente que en los Estados Unidos, y al paso que los ingleses parece que quieren conservar como cosa preciosa en su legislación penal los sangrientos vestigios de la Edad Media, los americanos casi han hecho desaparecer la pena de muerte de sus códigos.

Creo que la América del Norte es el único país de la tierra en donde, después de cincuenta años, no se haya quitado la vida á un sólo ciudadano, por delitos políticos.

Lo que acaba de probar que esta singular dulzura de los americanos viene principalmente de su estado social; es el modo como ellos tratan á sus esclavos.

Quizá no exista colonia europea en el Nuevo Mundo, en que la condición física de los negros sea menos dura que en los Estados Unidos. Sin embargo, los esclavos sufren allí todavía espantosas miserias y se hallan constantemente expuestos á castigos muy crueles. Es fácil descubrir que la suerte de estos desgraciados inspira poco piedad á sus amos y que éstos ven en la esclavitud, no solamente un hecho de que se aprovechan, sino también un mal que no les conmueve siquiera. De suerte que el mismo hombre lleno de humanidad por sus semejantes cuando son sus iguales, se hace insensible á sus desdichas desde que cesa la igualdad. Es preciso, pues, atribuir su dulzura á esta igualdad, más bien que á la civilización y á la instrucción.

Lo que acabo de decir de los individuos, se aplica hasta cierto punto á los pueblos.

Cuando cada nación tiene sus opiniones, sus creencias, sus leyes y sus usos aparte, se considera como formando ella sola la humanidad entera y no se siente afectada sino por sus propias desgracias.

Si la guerra llega á encenderse entre dos pueblos dispuestos de este modo, no puede dejar de ser cruel.

Los romanos, en tiempos de sus grandes luces, degollaban á los generales enemigos, después de haberlos arrastrado en triunfo detrás de un carro y echaban los prisioneros á las bestias para divertir al pueblo. Cicerón, que se lamenta con la idea de un ciudadano puesto en cruz, no encuentra nada que censurar en estos atroces abusos de la victoria, y es evidente que á sus ojos un extranjero no es de la misma especie humana que un romano.

Al contrario, á medida que los pueblos se asemejan más, se muestran recíprocamente más compasivos por sus trabajos, y se suaviza el derecho de gentes.

CAPITULO II

De qué manera la democracia hace las relaciones habituales de los americanos más sencilla y fáciles.

La democracia no liga fuertemente á los hombres entre sí, pero hace más fáciles sus relaciones habituales.

Supongamos que se encuentran casualmente dos ingleses en los antípodas, rodeados de extranjeros, cuya lengua y costumbres apenas conocen. Estos dos hombres se consideran al principio con gran curiosidad y con una especie de inquietud secreta; luego se separan ó si se acercan tienen cuidado de no hablarse sino con un aire forzado y distraído y de decirse cosas poco importantes. Sin embargo, entre ellos no hay ninguna enemistad; nunca se han visto y recíprocamente se tienen por muy honrados. ¿Por qué, pues, ponen tanto cuidado en no encontrarse? Es preciso volver á Inglaterra para comprenderlo.

Cuando el nacimiento sólo, independientemente de la riqueza, es el que clasifica los hombres, cada uno sabe con precisión el punto que ocupa en la escala social, y no trata de subir más, ni teme tampoco descender. En una sociedad organizada de esta suerte, los hombres de diferentes clases se comunican poco entre sí; pero cuando la casualidad los pone en contacto, se acercan voluntariamente, sin esperar ni temer confundirse. Sus relaciones no tienen por base la igualdad, más no por esto son forzadas.

Pero no es así cuando á la aristocracia de nacimiento sucede la del dinero.

Los privilegios concedidos á algunos son todavía muy gran-

des, pero la posibilidad de adquirirlos existe para todos; de donde se sigue que los que los poseen están siempre preocupados por el temor de perderlos ó de verlos dividir; y los que no los gozan aún, quieren á toda costa poseerlos ó si no pueden conseguirlos, aparentar que los tienen, lo que no es del todo imposible. Como el valor social de los hombres no se halla fijado de un modo ostensible y permanente por la sangre y varía hasta lo infinito según la riqueza, las clases existen siempre, pero no se puede distinguir claramente del primer golpe á los que las ocupan. Pronto se establece una guerra sorda entre todos los ciudadanos: los unos se esfuerzan por mil artificios en penetrar realmente ó en apariencia entre sus superiores; los otros, combaten sin descanso por rechazar estos usurpadores de sus derechos ó más bien el mismo hombre hace ambas cosas, y mientras que trata de introducirse en la esfera superior, lucha sin interrupción contra el esfuerzo que se hace por el inferior.

Tal es en nuestros días el estado de Inglaterra, y creo que á él se debe referir principalmente lo que precede. Siendo todavía muy grande el orgullo aristocrático entre los ingleses y dudosos los límites de la aristocracia, cada uno teme constantemente excederse en su familiaridad; y no pudiendo juzgar al primer golpe de vista la situación social de los que encuentra, evita con prudencia entrar en contacto con ellos. Como aun haciendo ligeros servicios se teme contraer una amistad poco adecuada, se precaven de los buenos oficios y se sustraen con tanto cuidado al reconocimiento indiscreto de un desconocido, como á su odio.

Hay muchas gentes que atribuyen á causas meramente físicas esta insociabilidad singular y ese humor reservado y taciturno de los ingleses. Convengo en que la sangre influye algo en ellos; pero creo que el Estado social influye mucho más, y el ejemplo de los americanos nos lo prueba.

En América, donde los privilegios de nacimiento nunca han existido y donde la riqueza no da ningún derecho particular al que la posee; los que no se conocen se reúnen en los mismos lugares y no encuentran ventaja ni riesgo en comunicarse libremente sus pensamientos. Se ven por casualidad y no se buscan ni se evitan: su acceso es, pues natural, abierto y franco; se conoce que ellos no esperan ni temen casi nada los unos de los otros y

que no se esfuerzan en mostrar ni en ocultar el lugar que ocupan; y aunque su exterior sea frío y serio, jamás es forzado ni altanero, y cuando no se dirigen la palabra es porque no tienen humor de hablar y no por interés en callar.

Dos americanos en un país extranjero se hacen inmediatamente amigos, sólo porque son americanos. No hay preocupación que les aleje y el ser de un mismo país los atrae. Pero no basta que dos ingleses sean de la misma sangre para comunicar entre sí; es preciso que ocupen el mismo puesto social.

Los americanos reparan tanto como nosotros ese humor insoportable de los ingleses y no lo admiran menos que nosotros. Sin embargo, los americanos tienen de los ingleses su origen, su religión, su idioma y, en parte, sus costumbres, y no difieren sino en el estado social. Debe, pues, decirse, que la reserva de los ingleses procede de la constitución del país, más bien que de la de los ciudadanos.

CAPITULO III

**Por qué los americanos son poco sentidos y delicados en su país,
y se muestran tanto en el nuestro.**

Los americanos tienen un temperamento vengativo como todos los pueblos serios y reflexivos. Casi nunca olvidan una ofensa, pero tampoco es fácil ofenderlos y su enojo es tan lento en inflamarse como en extinguirse.

En las sociedades aristocráticas, en que un pequeño número de individuos dirigen todas las cosas, las relaciones exteriores de los hombres entre sí, están sometidas á convenciones, poco más ó menos, fijas. Entonces cada uno cree saber con precisión de qué manera conviene manifestar su respeto ó mostrar su benevolencia, y la etiqueta es una ciencia que á nadie se disculpa ignorar.

Estos usos de la primera clase sirven de modelo á todas las otras, y además, cada una de ellas se hace un código separado, al que todos sus miembros están obligados á conformarse.

Así, las reglas de la urbanidad forman una legislación complicada que es difícil poseer completamente y de la cual no es permitido separarse sin riesgo. Ignorándola los hombres están constantemente expuestos á causar ó recibir impresiones desagradables y crueles.

Mas á medida que las clases desaparecen, que los hombres distintos por su educación y su nacimiento se mezclan y se confunden en los mismos lugares, se hace casi imposible entenderse sobre las reglas del mundo. Como la ley es indeterminada, desobedecer no es un crimen ni á los ojos mismos de los que la conocen;

se fijan, pues, más bien en el fondo de las acciones que en la forma, y se llega á ser á la vez menos cortés y menos delicado.

Hay una multitud de pequeños miramientos de que no hace caso un americano, porque juzga que no se le deben ó supone que ignoran debérselos.

No conoce, pues, tampoco que se le falta, ó bien lo dispensa; de suerte que sus maneras vienen á ser menos corteses y sus costumbres más simples y varoniles.

Esta indulgencia recíproca que muestran los americanos y esta confianza que se manifiestan, resultan todavía de una causa más general y profunda que he indicado ya en el capítulo precedente.

En los Estados Unidos, las clases no difieren sino muy poco en la sociedad civil y absolutamente nada en el mundo político; un americano no se cree obligado á hacer servicios particulares á ninguno de sus semejantes, ni los exige tampoco de los demás. Como no ve que su interés consiste en procurarse con ardor la compañía de algunos de sus conciudadanos, apenas se figura que puedan rechazar la suya; como á nadie desprecia por su condición, se imagina que por la misma causa nadie puede despreciarlo, y hasta que no ve claramente la injuria no cree que se trate de ultrajarle.

El estado social dispone naturalmente á los americanos á no ofenderse con facilidad por pequeñeces; y por otro lado la libertad democrática de que ellos gozan acaba por hacer pasar esta mansedumbre á las costumbres nacionales.

Las instituciones políticas de los Estados Unidos ponen incesantemente en contacto á los ciudadanos de todas clases y les obligan á seguir en común grandes empresas. Gentes tan ocupadas tienen poco tiempo para fijarse en los pormenores de la etiqueta y mucho interés además en vivir de acuerdo, para detenerse en ella. Fácilmente se acostumbra á considerar en aquéllos con quienes se ven los sentimientos y las ideas, más bien que sus modales, y no se alteran por bagatelas.

He notado muchas veces que en los Estados Unidos es difícil hacer comprender á un hombre que molesta su presencia, y no siempre basta para esto servirse de medios indirectos.

Si contradigo á cada paso á un americano con el objeto de

darle á conocer que sus discursos me importunan, le veo hacer nuevos esfuerzos para convencerme; si guardo un obstinado silencio, se imagina que reflexiono profundamente en las verdades que me presenta y cuando al fin logro desprenderme de él, supone que un negocio urgente me llama á otra parte. Este hombre no comprende que me cansa sin que yo se lo diga y no puedo librar-me de él, sino haciéndome su enemigo mortal.

Lo que sorprende á primera vista, es que este mismo hombre transportado á Europa, se hace de repente de un trato desagradable y difícil, hasta tal punto que es casi tan imposible dejar de ofenderlo como lo era antes desagradarlo. Mas estos dos efectos tan diferentes son producidos por la misma causa.

Las instituciones democráticas dan, en general, á los hombres, una vasta idea de su patria y de sí mismos. El americano sale de su país, lleno de orgullo, llega á Europa y desde luego descubre que no se ocupan tanto como él se imaginaba de los Estados Unidos y del gran pueblo que los habita, y esto sólo empieza á sentirlo.

Ha oído decir que las condiciones no son iguales en nuestro hemisferio, y en efecto advierte que entre las naciones de Europa la distinción de clases no se ha borrado enteramente; que la riqueza y el nacimiento conservan privilegios inciertos que él no puede despreciar ni definir. Este espectáculo lo inquieta y lo sorprende, porque es del todo nuevo para él, y nada de lo que ha visto en su país le ayuda á comprenderlo. No sabe absolutamente qué lugar le convenga ocupar en esta jerarquía medio destruída y entre estas clases bastante diferentes para aborrecerse y despreciarse y bastante unidas para hallarse siempre expuesto á confundirlas. Teme colocarse muy alto, y más todavía muy bajo; este doble riesgo tiene su espíritu mortificado y embaraza constantemente sus acciones y sus discursos.

Por tradición sabe que en Europa las ceremonias varían á lo infinito según las condiciones; este recuerdo acaba de inquietarle y teme tanto más no obtener las consideraciones que le son debidas, cuanto que precisamente no sabe en qué consisten.

Anda siempre como un hombre rodeado de emboscadas, y la sociedad, lejos de ser para él un recreo, es un trabajo serio. Fija la atención en las más mínimas acciones de los otros, observa sus

miradas y analiza con cuidado todos sus discursos, temiendo que encierren algunas alusiones ocultas que le ofendan. No sé si es posible encontrar un gentil-hombre de aldea más delicado en punto á ceremonias; lo cierto es que se esfuerza en obedecer las más insignificantes leyes de la etiqueta, y no sufre que se olvide ninguna para con él; está á la vez lleno de exigencia y de escrúpulos; desearía hacer lo suficiente, pero teme hacer demasiado, y como no conoce bien los límites de lo uno y de lo otro, se mantiene en un grado de reserva embarazosa y altiva.

Pero esto no es todo y ahora vamos á examinar otra doblez del corazón humano.

Un americano habla constantemente de la admirable igualdad que reina en los Estados Unidos y tiene un gran orgullo por su país; pero se aflige en secreto por sí mismo y aspira á demostrar que él es la excepción del orden general que preconiza.

Apenas se encuentra uno que no crea tener alguna relación por su nacimiento con los primeros fundadores de las colonias, y respecto de los vástagos de las grandes familias de Inglaterra, la América me ha parecido toda cubierta de ellos.

El primer cuidado de todo americano opulento, luego que llega á Europa, es rodearse de todos los esplendores del lujo, y teme tanto que se le considere como simple ciudadano de una democracia, que se compone de mil maneras para presentar todos los días una nueva imagen de su riqueza; se aloja por lo común en el principal barrio de la ciudad y tiene siempre una multitud de criados.

Un americano se quejaba delante de mí, de que en las primeras reuniones de París no se encontrase sino una sociedad mixta: el gusto que reina en ellas no le parecía bastante puro y dejaba comprender con maña que, en su opinión, las maneras no eran muy delicadas: en fin, le parecía extraño ver el ingenio disfrazado con formas vulgares.

Semejantes contrastes no deben absolutamente sorprender.

Si la huella de las antiguas distinciones aristocráticas me hubiese completamente desaparecido en los Estados Unidos, los americanos se mostrarían menos exigentes y más naturales en el nuestro.

CAPITULO IV

Consecuencias de los tres capítulos precedentes.

Cuando los hombres se sienten naturalmente conmovidos por los males de los otros y se establecen entre ellos cada día más frecuentes y agradables relaciones sin que ningún enojo los divida, fácilmente se concibe que, en caso de necesidad, se prestarán una mutua ayuda. Cuando un americano implora la asistencia de sus semejantes, es muy raro que se las rehusen, y aun he observado muchas veces que se la concedían por su propia voluntad con un gran celo.

Si acontece algún accidente imprevisto en un camino público, se dirigen por todas partes hacia el que ha sido víctima; si sobreviene de repente una gran desgracia á una familia, mil desconocidos reparan generosamente esta pérdida y un gran número de cortos dones llegan á socorrer su miseria.

En las naciones más civilizadas del globo, se ve frecuentemente que un infeliz se halla tan aislado en medio de la multitud, como el salvaje en los bosques, esto no sucede casi en los Estados Unidos.

Los americanos, que son siempre fríos en sus maneras y muchas veces groseros, jamás parecen insensibles, y si no se apresuran á ofrecer sus servicios, á lo menos no los rehusan.

No se opone esto de ninguna manera á lo que antes dije del individualismo y veo, al contrario, que todo se halla más bien conforme.

La igualdad de las condiciones, que hace sentir á los hombres

su independencia, les muestra también su debilidad. Si son libres, se hallan expuestos á mil accidentes y la experiencia les enseña que, aunque no tengan una necesidad continua del socorro ajeno, llega casi siempre un momento en que no pueden pasar sin él.

En Europa vemos todos los días, que los hombres de una misma profesión se ayudan gustosos.

Están expuestos á las mismas desgracias y esto basta para que procuren defenderse mutuamente, por insensibles y egoístas que sean.

Cuando uno está en peligro y los otros pueden librarlo por medio de un pequeño sacrificio ó por un repentino esfuerzo, lo hacen inmediatamente; no porque se interesen mucho en su suerte, pues si por casualidad lo que hacen para socorrerlo es inútil, lo olvidan presto y vuelven á ocuparse de sí mismos, sino porque se ha establecido entre ellos una especie de convenio tácito y casi voluntario, por el cual cada uno debe prestar á los otros un apoyo momentáneo que á su vez podrá reclamar para sí mismo.

Extendiendo á todo un pueblo lo que digo solamente de una clase, será bien fácil comprender mi pensamiento.

Existe efectivamente, entre todos los ciudadanos de una democracia, una convención análoga á la de que hablo; todos se encuentran sujetos á la misma debilidad y á los mismos peligros y tanto su interés como sus simpatías les imponen el deber de prestarse una existencia mutua en caso de necesidad.

Mientras más semejantes se hacen las condiciones, más muestran los hombres esta disposición á obligarse recíprocamente.

Si no se hacen grandes favores en las democracias, á lo menos se rinden constantemente buenos oficios, y si es caso que un hombre se sacrifique al servicio de otro, también todos son serviciales.

CAPITULO V

De qué manera modifica la democracia las relaciones que existen entre el dueño y el criado.

Un americano que por largo tiempo había viajado por Europa me decía un día: «Los ingleses tratan á sus criados con un imperio y con unas maneras tan dominantes, que nos sorprenden; mas al mismo tiempo no podemos concebir la familiaridad y aun cortesía de los franceses para con los suyos, pues se diría que no se atreven á mandarlos. La actitud del superior y la del inferior no se hallan bien guardadas».

Esta observación es justa y yo mismo la he hecho muchas veces. Siempre he considerado que Inglaterra es, en nuestros días, el país donde el lazo de la condición de criado se halla más apretado, y Francia el punto de la tierra donde está más flojo. En ninguna parte me ha parecido el dueño más alto ni más bajo respectivamente que en estos dos países.

Los americanos se colocan entre los dos extremos; este es el hecho que en el exterior se presenta; pero es necesario retroceder á otros tiempos para poder descubrir las causas.

Todavía no se han visto sociedades en que las condiciones sean tan iguales, que no se encuentren ricos ni pobres y por consecuencia, dueños y criados.

La democracia no impide que estas dos clases de hombres existan; pero sí cambia su condición y modifica sus relaciones.

En los pueblos aristocráticos, los sirvientes forman una clase particular tan invariable como la de los dueños. Presto se establece

un orden fijo; en la primera, como en la segunda, aparece una jerarquía de clases numerosas y conocidas, y las generaciones se suceden sin que cambie su posición. Estas dos sociedades distintas se rigen por principios análogos.

La constitución aristocrática no influye menos sobre las ideas y las costumbres de los criados que sobre las de los señores y, aunque los efectos sean diferentes, es fácil reconocer la misma causa.

Los unos y los otros forman como pequeñas naciones en medio de la grande y vienen á establecerse entre ellos ciertas nociones permanentes de lo justo y de lo injusto. Los actos de la vida se contemplan desde un punto de vista particular y enteramente invariable. Tanto en la sociedad de los sirvientes como en la de los dueños, los hombres ejercen una gran influencia unos sobre otros; reconocen reglas fijas y en defecto de ley, hallan una opinión pública que los dirige; así reinan entre ellos hábitos determinados y una cierta policía.

Es verdad que estos hombres que obedecen á su destino no entienden por gloria, honradez, virtud ni decencia, lo mismo que los dueños; pero se han hecho una especie de gloria, virtudes y honradez de sirvientes y conciben, si puedo explicarme así, una especie de honor servil (1).

De que una clase sea baja, no debe inferirse que todos los que pertenecen á ella lo sean igualmente en el alma, porque esta sería una grave equivocación. Por inferior que sea, siempre el que se encuentra á la cabeza y que no tiene la idea de dejarla, ocupa una posición aristocrática que le sugiere sentimientos elevados, un alto orgullo y un respeto por sí mismo, que le hacen capaz de las grandes virtudes y de acciones muy distinguidas.

No era raro encontrar en los pueblos aristocráticos al servicio de los grandes, almas nobles y vigorosas que sufrían la esclavi-

(1) Si se examina de cerca circunstanciadamente las opiniones principales que dirigen á estos hombres, la semejanza parece todavía más patente, y se admira uno de hallar en ellos, así como en los miembros más altivos y soberbios de una jerarquía feudal, el orgullo del nacimiento, el respeto por sus abuelos y descendientes, el desprecio del inferior; el temor del contacto, el gusto por la etiqueta, las tradiciones y la antigüedad.

tud y se sometían á la voluntad de sus dueños sin temer nunca su enojo.

Mas no sucede así en las clases inferiores de la servidumbre, pues el que ocupa el extremo de una jerarquía de criados es siempre muy bajo.

Los franceses crearon expresamente una palabra para esta última clase de sirvientes en las aristocracias; los llamaban lacayos. La voz lacayo servía para representar el extremo de la bajeza humana y cuando en la antigua monarquía se deseaba pintar de un golpe un sér vil y degradado, se decía que tenía el *alma de un lacayo*. Con esto sólo bastaba, pues el sentido era completo y explícito.

La desigualdad permanente de las condiciones, no sólo da á los sirvientes ciertas virtudes y vicios particulares, sino que los coloca para con sus señores en una posición especial.

En los pueblos aristocráticos, el pobre se familiariza desde su infancia con la idea de ser mandado y hacia cualquier parte que dirija su vista, encuentra siempre la imagen de la jerarquía y el respeto de la obediencia.

Cuando reina la desigualdad permanente de las condiciones, el dueño obtiene fácilmente de sus sirvientes una obediencia completa, dócil, pronta y respetuosa, porque éstos veneran en él, no sólo el dueño, sino la clase de los dueños; el señor obra en el ánimo de los criados con toda la fuerza de la aristocracia. Ordena sus acciones, dirige hacia cierto punto sus pensamientos y ejerce frecuentemente, aun sin advertirlo, un prodigioso imperio sobre las opiniones, los hábitos y las costumbres de los que le obedecen; extendiéndose su influencia mucho más lejos todavía que su autoridad.

No solamente hay familias hereditarias de criados en las sociedades aristocráticas, como de dueños, sino que las mismas familias de criados duran por muchas generaciones, sirviendo á las mismas familias de dueños (son como líneas paralelas que no se separan ni se unen); lo cual modifica prodigiosamente las relaciones mutuas de estas dos clases de gentes.

Aunque en la aristocracia no se parezcan en nada el dueño y el criado y que, por el contrario, la fortuna, la educación, las opiniones y los derechos los coloquen á una inmensa distancia en la escala de los seres, el tiempo, sin embargo, viene al fin á ligarlos:

una larga serie de recuerdos los une y por diferentes que sean llegan á asemejarse; mientras que en las democracias, en que naturalmente son todos semejantes, permanecen siempre extraños el uno al otro.

En los pueblos aristocráticos el dueño llega á considerar á sus sirvientes como una parte inferior y secundaria de sí mismo y frecuentemente se interesa en su suerte como por último esfuerzo del egoísmo. Los criados, por su parte, no están lejos de contemplarse desde el mismo punto de vista y se identifican algunas veces tanto con la persona del dueño, que llegan á ser al fin su accesorio á sus propios ojos como á los de aquél.

El sirviente ocupa en las aristocracias una posición subordinada de que no puede salir; cerca de él llena otro hombre un puesto superior que no puede perder. Por un lado la obscuridad, la pobreza, la obediencia eterna; por otro la gloria, la riqueza y el mando perpetuo; estas son condiciones diversas siempre é inmediatas, y el lazo que las une es tan durable como ellas mismas.

En tal extremo, el sirviente acaba por desprenderse de sí mismo; se abandona en cierto modo, ó más bien se transporta enteramente en su señor, creándose allí una personalidad imaginaria. Se adorna con las riquezas de su señor, hace alarde de su gloria, se envanece con su nobleza y se alimenta sin cesar con su esplendor prestado, al cual da frecuentemente más valor que los mismos á quienes pertenece la plena y verdadera posesión.

Se encuentra á la vez algo de serio y ridículo en tan extrañas confusión de dos existencias.

Trasladadas así estas pasiones de los señores á las almas de sus criados, toman en ellas las dimensiones del lugar que ocupan y por lo tanto se estrechan y reducen. Lo que en los primeros era orgullo, viene á ser vanidad pueril y pretensión miserable en los otros; así sucede que los criados de un grande se muestran de ordinario más delicados y exigentes por los miramientos que se le deben y se fijan más en sus pequeños privilegios que él mismo.

Todavía se encuentra alguna que otra vez entre nosotros, uno de esos antiguos servidores de la aristocracia, que sobrevive á su raza y que desaparecerá bien pronto con ella.

En los Estados Unidos no he visto nadie que se le asemeje; pues no solamente desconocen los americanos el hombre de que se

trata, sino que con mucho trabajo se les hace comprender que existe: tienen tanta dificultad en concebirlo como nosotros en imaginar lo que era un esclavo entre los romanos ó un siervo en la Edad Media. Todos estos hombres, aunque en grados diversos, son el efecto de una misma causa; se apartan ya de nuestra vista y huyen cada día á ocultarse en la obscuridad de lo pasado, con el estado social que les dió la existencia.

La igualdad de las condiciones hace del sirviente y del dueño dos seres nuevos y establece también entre ellos nuevas relaciones.

Cuando las condiciones se hacen casi iguales, los hombres cambian incesantemente de lugar; hay, sin embargo, una clase de criados y otra de señores; pero no son los mismos individuos ni mucho menos las mismas familias los que las componen, y entonces ni el mando ni la obediencia son perpetuos.

No formando los sirvientes un pueblo aparte, tampoco tienen usos, preocupaciones ni costumbres que le sean propias y no demuestran un cierto rumbo de ideas ni un modo particular de sentir. No conocen vicios ni virtudes de estado; pero participan de las luces, ideas, sentimientos, virtudes y vicios de sus contemporáneos y son honrados ó perversos, del mismo modo que sus señores. Las condiciones son tan iguales entre los sirvientes, como entre los señores.

No encontrándose en la clase de criados rangos señalados ni jerarquía permanente, no se verá tampoco en ella la bajeza y la sublimidad que se ostentan en las aristocracias de criados como en todas las demás.

No he visto jamás en los Estados Unidos, nada que pueda darme idea del sirviente distinguido, de que conservamos memoria en Europa ni nada tampoco que me presente la del lacayo.

En las democracias, no solamente son iguales los criados entre sí, sino que en cierto modo son iguales á sus señores. Esto necesita explicarse para que se comprenda bien.

El sirviente puede á cada instante hacerse señor, y aspira á serlo en efecto; el sirviente no es otro hombre distinto del señor. ¿Quién, pues, ha dado al primero el derecho de mandar y ha forzado al segundo á obedecer? El convenio libre y momentáneo de las dos voluntades, pues no siendo naturalmente inferior el uno al otro, sólo viene á estarlo por cierto tiempo en virtud del con-

trato; y si por él es uno sirviente y señor el otro, en lo exterior son dos ciudadanos, dos hombres.

Lo que ruego al lector que considere, es que ésta no es solamente la idea que los sirvientes se forman por sí mismos de su estado, sino que los señores consideran la calidad de criado desde el mismo punto de vista, y los límites precisos del mando y de la obediencia se encuentran tan bien fijados en la mente del uno como en la del otro.

Cuando la mayor parte de los ciudadanos logran una condición poco más ó menos semejantes, y la igualdad es un hecho antiguo y admitido, la opinión común, sobre la cual no influyen jamás las excepciones, señala de un modo general al valor de cada hombre ciertos límites, fuera de los cuales es difícil que ninguno permanezca mucho tiempo. En vano, la riqueza y la pobreza, el mando y la obediencia separan accidentalmente estos dos hombres á grande distancia, pues la opinión pública que se funda en el orden común de las cosas, los acerca al mismo nivel, y á pesar de la desigualdad real de sus condiciones, crea entre ellos una especie de igualdad imaginaria.

Esta opinión poderosa concluye por penetrar en el alma misma de los que el interés podía armar contra ella, y modifica su juicio al mismo tiempo que subyuga su voluntad.

El amo y el criado no descubren ya en el fondo de su alma ninguna profunda desemejanza entre ellos, y no esperan ni temen encontrarla jamás. Queda, pues, sin aversión y sin cólera, y no se hallan soberbios ni humildes cuando se observan. El dueño, juzga que el contrato sólo es el origen de su poder, y el criado descubre en él la causa única de su obediencia; no se disputan jamás entre sí la posición recíproca que ocupan, porque cada uno conoce fácilmente la que le corresponde y la guarda.

El soldado de nuestros ejércitos procede poco más ó menos de las mismas clases que los oficiales; y puede llegar á los mismos empleos: fuera de las filas se considera como perfectamente igual á sus jefes, y, en efecto, lo es; pero bajo su bandera no tiene dificultad en obedecer, y no porque sea voluntaria y definitiva esta obediencia, deja de ser pronto clara y fácil. Por esto puede formarse idea de lo que pasa en las sociedades democráticas entre el señor y el sirviente.

No sería razonable creer que pudiese nacer jamás entre estos dos hombres, alguna de esas profundas y ardientes afecciones que á veces se encienden en el seno de la servidumbre aristocrática, ni tampoco que se vean ejemplos manifiestos de rendimiento.

El señor y el sirviente, en las aristocracias, no se ven sino rara vez y frecuentemente no se hablan sino por la mediación de algún otro. Sin embargo, ellos se consideran fuertemente ligados entre sí.

En los pueblos democráticos, el amo y el criado se hallan muy aproximados; sus cuerpos se tocan incesantemente, aunque no se mezcle su espíritu; mas, si bien tienen ocupaciones comunes, sus intereses no lo son jamás.

En estos pueblos, el sirviente se considera siempre como pasajero en la morada de sus señores; no ha conocido sus abuelos, no verá tampoco á sus descendientes y nada tiene que esperar que sea durable. ¿Cómo podrá, pues, confundir su existencia con la de sus señores y cuál será la causa de un abandono tan singular de sí mismo? Si la posición recíproca ha cambiado, sus relaciones deben también estarlo.

Quisiera apoyar lo que precede, en el ejemplo de los americanos; pero no podré hacerlo sin distinguir con cuidado las personas y los lugares.

Existiendo la esclavitud en el Sur de la Unión, es evidente que lo que acabo de exponer no puede ser allí aplicable. Hacia el Norte, la mayor parte de los sirvientes son libertos ó hijos de libertos, que ocupan en la estima del público una posición dudosa, y aunque la ley los acerque al nivel de sus señores, las costumbres los rechazan obstinadamente; ellos mismos no distinguen con claridad su puesto y se muestran por lo regular serviles ó insolentes.

Mas en las mismas provincias del Norte y en particular en la Nueva Inglaterra, se ve un número considerable de hombres blancos que consienten en someterse por un salario al servicio de sus semejantes, y aun he oído que llenan, por lo común, sus deberes con exactitud é inteligencia y que sin creerse naturalmente inferiores á los que los gobiernan, se someten á su obediencia.

Me parece, pues, ver, que semejantes hombres llevan á la esclavitud algunos de los nobles hábitos que la igualdad y la independencia hacen nacer y que, habiendo una vez escogido esa penosa condición, no tratan de sustraerse indirectamente á ella,

respetándose bastante á sí mismos para no rehusar á sus amos una obediencia que le han prometido libremente.

Los señores, por su parte, no exigen de sus servidores sino la fiel y rigurosa ejecución del contrato y no les piden respetos ni reclaman su amor, ni sus sacrificios; les basta sólo encontrarlos puntuales y honrados.

Se equivocaría quien creyese que bajo la democracia están trastornadas las relaciones del sirviente y del señor, ellos se hallan ordenados de una manera particular, y aunque la regla es distinta, siempre existe una.

No me detendré ahora en averiguar si este estado nuevo que acabo de descubrir es inferior al que le ha precedido ó si es sólo diferente, y poco me importa que entre los hombres exista un orden distinto, con tal que haya alguno establecido.

Pero ¿qué diré de esas tristes y turbulentas épocas, en que la igualdad se funda en medio del tumulto de una revolución, mientras que la democracia, después de haberse establecido en el estado social, lucha aun con dificultad contra las costumbres y las preocupaciones?

La ley y hasta cierto punto la opinión, proclaman ya, que no existe inferioridad natural y permanente entre el sirviente y el señor; mas esta nueva ciencia no ha penetrado en el ánimo del último ó, muy bien, su corazón la rechaza. Allá, en lo interior de su alma, se juzga todavía de una especie particular y superior, pero no se atreve á decirlo y tiembla al considerarse atraído hacia el nivel universal. Su dominio se hace á la vez tímido y cruel, y no teniendo ya por sus sirvientes los sentimientos protectores y benévulos que siempre hace nacer un prolongado y estable poder, se admira de que habiendo él cambiado, su sirviente cambie del mismo modo y quiere que no haciendo más que pasar, por decirlo así, al través de la servidumbre, el criado contraiga hábitos regulares y permanentes, se muestre satisfecho y ufano de la posición servil de que tarde ó temprano debe salir, se sacrifique por un hombre que no puede protegerlo ni perderlo y se ligen por un lazo eterno á seres que se le asemejan y que no duran más que él.

Frecuentemente sucede en los pueblos aristocráticos que el estado de servidumbre en nada humilla el alma de los que están sometidos á él, pues ni conocen, ni han imaginado, siquiera otras

condiciones, y esa gran desigualdad que se muestra entre ellos y el señor, les parece ser el efecto preciso é inevitable de una ley oculta de la Providencia.

Tal estado bajo la democracia, no tiene nada de degradante, pues es elegido libremente y adoptado sólo por algún tiempo; no crea ninguna desigualdad entre el amo y el criado ni la opinión pública lo deshonra.

Sin embargo, al pasar de una condición social á otra, sobreviene casi siempre un momento en que el espíritu de los hombres vacila entre la noción aristocrática de la sujeción y la democrática de la obediencia. La obediencia pierde entonces su moralidad á los ojos del que obedece; no la considera ya como una obligación en cierto modo divina ni aun la ve bajo su aspecto puramente humano; no es ya á sus ojos santa ni justa, y se somete á ella como á un hecho útil, pero degradante.

La imagen confusa é incompleta de la igualdad representa en este momento al espíritu de los sirvientes, y como no distinguen, desde luego, si la igualdad á que tienen derecho se encuentra en su mismo estado de sirvientes ó fuera de él, se indignan en el fondo de su alma contra esa inferioridad á que se sometieron por sí mismos y de la cual sacan algún provecho. Consienten en servir y se avergüenzan de obedecer, aman las ventajas de la esclavitud, pero no al señor, ó por mejor decir, no se creen sin derecho á ser ellos mismos señores y están dispuestos á considerar al que los manda como un usurpador de sus derechos.

Entonces presenta la morada de cada ciudadano alguna cosa análoga al triste espectáculo de la sociedad política; se sigue una guerra sorda é intestina entre poderes siempre rivales y sospechosos; el señor se muestra malévolo y apacible, el sirviente malévolo é indócil; el uno pretende eximirse con pretextos ridículos, de la obligación que ha contraído de proteger y retribuir, el otro de la de obedecer y entre los dos van y vienen las riendas de la administración doméstica, que cada uno se esfuerza en retener. Los límites que separan la autoridad, de la tiranía, la libertad de la ciencia y el hecho, del derecho, les parecen oscuros y confusos, y nadie sabe lo que es, ni hasta donde se extiende su poder y su deber.

Semejante estado, á la verdad, no es democrático sino revolucionario.

CAPITULO VI

De que manera las instituciones y las costumbres democráticas tienden á aumentar el precio y á acortar la duración de los arrendamientos.

Lo que acabo de decir de los señores y de los sirvientes, se aplica hasta cierto punto á los propietarios y arrendatarios; pero el asunto merece que se considere con separación.

Casi puede decirse que en América no hay arrendatarios, pues todo hombre posee el campo que cultiva.

Es preciso reconocer que las leyes democráticas propenden poderosamente á aumentar el número de propietarios y á disminuir el de los arrendatarios. Con todo eso, lo que sucede en los Estados Unidos debe más bien atribuirse al país mismo que á sus instituciones. Allí cuesta poco la tierra y cada uno se hace fácilmente propietario; produce poco y sus productos apenas podrían dividirse entre un dueño y un arrendatario. La América, pues, es única en esto como en otras muchas cosas y no sería acertado tomarla por ejemplo.

Creo que en los países democráticos, como en los aristocráticos, se encuentran propietarios y arrendatarios, pero no están ligados entre sí del mismo modo.

En las aristocracias los alquileres ó rentas no se pagan sólo en dinero, sino tambieu en afección, respeto y servicios; mientras que en los países democráticos se satisfacen sólo en moneda. Cuando los patrimonios se dividen, cambian de dueños y desaparece la relación permanente que existía entre las familias y la

tierra, sólo una casualidad pone en contacto al dueño y al arrendatario, se reúnen un momento para arreglar las condiciones del contrato y se pierden de vista en seguida, como dos extranjeros á quienes el interés acerca para discutir con rigor un negocio cuyo sólo objeto es el dinero.

Á medida que los bienes se dividen y la riqueza se distribuye por todo el país, el Estado se llena de gentes cuya antigua opulencia declina, y de nuevos ricos cuyas necesidades crecen más pronto que sus recursos. El menor provecho es de consecuencia para todos estos individuos y ninguno se encuentra dispuesto á dejar escapar la más pequeña ventaja, ni á perder la más lenta porción de sus rentas.

Cuando las clases se confunden, y las muy grandes como las muy pequeñas fortunas se hacen raras, se encuentra cada día menos distancia entre la condición social del dueño y la del arrendatario; el primero queda sin ninguna superioridad reconocida sobre el segundo. Mas entre dos hombres iguales y poco favorecidos de la fortuna, no puede haber en materia de arrendamiento otro objeto que el del dinero.

Un hombre á quien pertenece todo un cantón y posee cien cortijos, sabe que se trata de ganar á la vez la voluntad de muchos millares de hombres, y para lograr este grande objeto fácilmente, hace ciertos sacrificios; pero el que tiene cien fanegas de tierra no se cuida mucho de esto, y le importa bien poco captarse la benevolencia particular de su arrendatario.

Una aristocracia no muere en un día, como un hombre; su principio se destruye lentamente en el interior de las almas antes de ser atacada en sus leyes y mucho tiempo también antes de que la guerra estalle contra ella, se ve desatarse poco á poco el lazo que hasta entonces había unido las clases altas á las bajas. La indiferencia y el desprecio se descubren, de un lado; del otro, la envidia y el aborrecimiento; las relaciones entre el pobre y el rico se hacen más raras y menos gratas, y se alza el precio de los arrendamientos. Mas éste no es todavía el resultado de la revolución democrática, sino un cierto anuncio de ella; pues una aristocracia que deja escapar de sus manos el corazón de un pueblo, es como un árbol que pierde sus raíces y que los vientos derriban tanto más fácilmente cuanto es más elevado.

De cincuenta años á esta parte, el precio de los arrendamientos ha crecido prodigiosamente, no sólo en Francia, sino en la mayor parte de la Europa.

Los progresos de la agricultura y de la industria en el mismo período no bastan, en mi concepto, para explicar este fenómeno, y es preciso recurrir á otra causa más poderosa y oculta. Creo que debe buscarse en las instituciones democráticas que muchos pueblos europeos han adoptado, y en las pasiones democráticas que más ó menos agitan todos los otros.

Muchos propietarios ingleses se felicitan de sacar ahora mayor renta de sus dominios que sus mismos antecesores, y aunque temen quizá de alegrarse, no saben de qué se regocijan; creen hacer una ganancia positiva y apenas hay un cambio, porque su influencia cede al interés constante y lo que ganan en dinero lo pierden en poder.

Hay aún otra señal por la cual se puede reconocer que una revolución democrática se efectúa ó se prepara.

Casi todas las tierras, en la Edad Media, se arrendaban á perpetuidad ó al menos por mucho tiempo, y cuando se estudia la economía doméstica de aquella época, se ve que los arrendamientos de ochenta y noventa años eran más comunes que los de doce en nuestro tiempo.

Se creía entonces en la inmortalidad de las familias; las condiciones parecían tan firmes y la sociedad tan inmóvil que no se imaginaban que pudiese cosa alguna conmoverse en su seno.

Mas el espíritu humano toma otra dirección en los siglos de igualdad y se figura que nada existe tranquilamente, pues la idea de la inestabilidad le domina siempre.

Dispuestos los hombres de este modo, el dueño y el arrendatario sienten por instinto una especie de horror por las obligaciones de largo término y temen encontrarse algún día embarazados por el convenio de que ahora se aprovechan. Esperan vagamente algún cambio repentino é imprevisto en su condición, se temen á sí mismos y hasta se afligen de que viniendo á cambiar su gusto, no puedan abandonar lo que en otro tiempo codiciaban tanto, y á la verdad que temen con razón, porque en los siglos democráticos, lo que hay de más movible en medio del movimiento de todas las cosas, es el corazón del hombre.